

como tantas que hay en ese clima y esa raza. Al través del paganismo reinante, se revelan los instintos espiritualistas, y forman platónicos, interin forman cristianos.

VIII

Sidney no es más que un soldado en medio de un ejército; en torno de él existe una multitud de poetas. Doscientos treinta y tres se calculan, sin incluir los dramaturgos, en cincuenta y dos años (1), y entre ellos hay cuarenta de genio ó de talento: Breton, Donne, Drayton, Lodge, Greene, los dos Fletcher, Beaumont, Spenser, Shakespeare, Ben Jonson, Marlowe, Wither, Warner, y otros más, como Davison, Carew, Suckling, Herrick; se cansaría uno de enumerarlos. Hay un enjambre, como á la sazón en la heroica y católica España; y aquí, como en España, su profusión es un signo del tiempo, testimonio de una necesidad pública, indicio de un estado extraordinario y pasajero del espíritu. ¿Qué estado de espíritu es ese que por todas partes provoca y lleva á gustar la poesía? ¿Qué es lo que infunde vida en las obras? ¿A qué se debe que, aun en los inferiores, al través de las pedanterías y torpezas, entre crónicas rimadas

(1) Nathan Drake, §10. *Shakspeare and his times*. En esos doscientos treinta y tres poetas no se cuentan los autores de composiciones aisladas, sino los que publicaron y coleccionaron sus obras.

ó diccionarios descriptivos, se encuentren pinturas brillantes y verdaderos acentos de amor? ¿A qué se debe que, agotada esa generación, acabe en Inglaterra la verdadera poesía, como en Italia y en Flandes la verdadera pintura? Se debe á que ha aparecido y desaparecido un momento del espíritu, el de la concepción espontánea y creadora. Esos hombres poseen sentidos nuevos, y no llevan teorías en la cabeza. Así, al pasarse, experimentan distintos sentimientos que nosotros. ¿Qué es una salida de sol para un hombre común? Una mancha blanca en el confin del cielo, entre trozos de tierra y fragmentos de caminos, que no ve ya porque los ha visto mil veces. Para ellos, todas esas cosas tienen un alma, con lo cual quiero decir que sienten en sí mismos el vuelo y las sinuosidades de las líneas, la fuerza y los contrastes de las tintas, y la sensación dolorosa ó deliciosa que se desprende de esa amalgama y de ese conjunto como una armonía ó como un grito. ¡Qué triste es ese sol cuando se levanta envuelto en niebla «sobre los sombríos surcos»! ¡Qué aire de resignación en esos añosos árboles, que chorean con la lluvia nocturna! ¡Qué febril tumulto en el tropel de las olas, cuyas «melenas descompuestas» se retuercen sin cesar en la superficie del abismo! Pero la gran antorcha del cielo, el dios luminoso, se despeja y brilla. La hierba alta y flexible, las praderas siempre verdes, las dilatadas copas de las encinas, todo el paisaje inglés, incesantemente renovado y abrigado por la abundancia de agua, ostenta su inagotable frescura. Esas praderas, esmaltadas de blancas y rojas flores siempre húmedas y lozanas, sueltan su velo de dorada bruma, y aparecen de pronto tímidamente como bellas vírgenes. Allí está la primavera, que brota antes de la llegada de la golondrina; el jacinto de los

prados, azulado como venas de mujer; la caléndula que se acuesta con el sol, y con él se levanta llorosa (1).» «Desde lejos, desde su puerta resplandeciente, el alba hechicera dora todas las copas donde acaba de prender sus perlas la noche, y los enjambres de pájaros, poseídos del júbilo de la mañana, gorjean con voces tan vibrantes, que responden los valles y colinas, y el aire que murmura y resuena no parece compuesto ya más que de sonidos. Entre tanto sube el sol; traspasa con su cabeza de oro la densa niebla que se evapora, y al través de las copas entrelazadas viene á besar la sombra adormecida (2).» Un paso más, y veréis reaparecer los antiguos dioses. Reaparecen, en efecto, esos dioses vivos, esos dioses mezclados con las cosas, que no pueden menos de encontrarse cuando se vuelve á la naturaleza. «Ceres, la reina liberal, entre sus ricos cultivos de trigo, centenos, avenas, cebadas, algarrobas y guisantes, entre sus herbosas montañas donde viven y pacen las ovejas, entre sus riachuelos con las márgenes orladas de lirios y peonías que el húmedo Abril adorna para tejer coronas á las castas ninfas (3). «Iris cuyas alas de azafrán derraman sobre las flores gotas perfumadas y turbiones refrescantes, y cuyo arco azul corona los campos nemorosos y las pendientes desnudas. Flora, brillante y engalanada, sentada soberbiamente en medio de la pompa de todas sus flores, desplegando su manto de verde deslumbrador (4).» Todos los esplendores y las dulzuras del país húmedo, todas las particularida-

(1) Todas estas expresiones están tomadas de Jonson, Spenser, Drayton, Shakespeare y Greene.

(2) Drayton, *Polyolbion*.

(3) Shakespeare, *Tempest*, IV, 1.

(4) Greene, *Never too late*.

des, toda la opulencia de sus tintas fundidas, de su cambiante cielo, de su vegetación lujuriosa, vienen á reunirse así en torno de los dioses que les dan cuerpo, y un hermoso cuerpo.

Todo hombre tiene momentos en que, á presencia de las cosas, experimenta una sacudida. El montón de ideas, de recuerdos truncados, de imágenes esbozadas que yacen oscuramente en todos los rincones de su espíritu, se remueve, se organiza, y de pronto se desenvuelve como una flor. El hombre, embelesado, no puede menos de mirar y admirar la deliciosa criatura que acaba de nacer; quiere verla de nuevo, ver criaturas semejantes, y no piensa en otra cosa. En la vida de las naciones hay momentos análogos, y éste es uno. Los hombres se regocijan de contemplar bellas cosas, y sólo desean que sean lo más bellas posible. No se preocupan, como nosotros, de teorías; no se atormentan por expresar ideas filosóficas ó morales. Quieren gozar por la imaginación, por los ojos, como esos nobles de Italia que en ese mismo instante se hallan tan prendados de los bellos colores y de las bellas formas, que llenan de pinturas, no sólo sus habitaciones y sus iglesias, sino hasta la superficie de sus arcos y las sillas de sus caballos. La rica y verde campiña bañada de sol, las jóvenes adornadas rebosando amor y salud, los dioses y las diosas medio desnudas, obras maestras y dechados de la fuerza y de la gracia: he ahí los más bellos objetos que el hombre puede contemplar, los más capaces de satisfacer sus sentidos y su corazón, de despertar en él la sonrisa y la alegría; y esos son los objetos que aparecen en todos los poetas, en la más maravillosa abundancia de canciones, de poesías pastoriles, de sonetos, de composiciones sueltas, tan vivas, tan delicadas y espontáneas, que no ha vuelto á verse

nada igual. ¿Qué importa que Venus ó Cupido hayan perdido sus altares? Aquí los poetas, como los pintores contemporáneos de Italia, se representan un bello niño desnudo dentro de un carro de oro y en medio del aire límpido, ó una mujer, radiante de juventud, erguida sobre las olas que van á besar sus pies de nieve. Ese espectáculo transporta al rudo Ben Jonson. El batallón disciplinado de sus robustos versos se trueca en una bandada de estrofitas graciosas que corren tan ligeramente como niños de Rafael (1). Ve venir á su dama sentada en el carro del Amor, tirado por cisnes y palomas. El Amor guía el carro; ella pasa serena y sonriente, y todos los corazones cautivados por sus divinas miradas no desean ya más placer que verla y servirla siempre:

«Ved, si no, sus ojos; ¡iluminan cuanto abarca el mundo del amor! Ved sus cabellos; ¡relucen como la estrella del amor al nacer!... ¿Visteis abrir una brillante azucena antes de que groseras manos la tocaran? ¿Habéis mirado la caída de la nieve antes de que el fango la mancille? ¿Habéis aspirado los capullos de la zarza ó el nardo en el fuego? ¡Oh! ¡Tan blanca, tan suave, tan dulce es ella!»

¿Hay algo más vivo, más distante de la mitología regular y artificial? Como Teócrito y Mosco, estos poetas juegan con sus risueños dioses, y se esparcen con sus creencias. Un día Cupido encuentra una ninfa dormida al extremo de un bosque. «Cubríanla la cara sus cabellos de oro. Tenía indolentemente extendidos los dos brazos. Servíala de almohada su carcaj, y el seno desnudo abriase al viento (2).» Cupido se aproxima

(1) *Celebration of charis.*

(2) *Cupid's Pastime*, de autor desconocido, hacia 1621.

calladamente; le quita las flechas, y pone en su lugar las suyas. La ninfa, por fin oye ruido; alza su cabeza inclinada; ve acercarse un pastor, y huye. El pastor la persigue. Ella arma el arco y le dispara sus flechas. El se enardece más entonces, y va á alcanzarla. La ninfa, desesperada, clava una flecha en su hermoso cuerpo. Hela aquí transformada: se detiene; sonríe; ama; se dirige hacia él. «No pueden encontrarse las montañas, pero sí los amantes. Lo que otros amantes hacen, ellos lo hicieron. El dios del amor se había sentado en un árbol, y reía al contemplar tan dulce espectáculo.» En esa mezcla de ingenuidad y de gracia voluptuosa ha caído una gota de malicia; lo mismo pasa en Longo y en todo ese delicioso ramillete que se llama la Antología. No es la chanza seca de Voltaire, de los hombres que no poseen más que ingenio y que no han vivido más que en los salones; es la de los artistas y enamorados que tienen el cerebro lleno de colores y de formas, y que, al decir una travesura, se representan un cuello inclinado, unos ojos bajos y el rubor que sube á unas mejillas bermejas. Una de esas beldades llega á decir versos haciendo carantoñas; ¡cómo se ve desde aquí el mohín de sus labios! «El amor, cual la abeja, chupa en mi corazón su néctar. Ora juega conmigo con sus alas, ya con sus pies. De mis ojos hace su residencia. Tiene su lecho en mi tierno seno. Mis besos son su diario regalo. Y sin embargo, me roba mi reposo. ¡Ah, sí! ¡me roba el atrevido!» Lo que salva á estas fruslerías es el esplendor de la imaginación. Hay explosiones, relámpagos que no se atreve uno á traducir, deslumbramientos y locuras como en el *Cántico de los Cánticos*. «Sus labios, dice Greene, son rosas empapadas en rocío, ó semejan la púrpura de la flor del narciso. Sus ojos, esos hermosos

ojos, parecen las luces más puras que animan el sol ó alegran el día. Sus mejillas son como azucenas impregnadas de vino ó como granos de granadas mojadados en leche, ó como hilos de blanca nieve en redes de seda carmesí, ó como espléndidas nubes á la puesta del sol.» «¿A qué comparar cuando la belleza excede á toda ponderación? El que extrae sus pensamientos de amor de las cosas inanimadas, desluce su pompa y sus mayores esplendores, y sube al cielo del amor con torpes alas (1).» Yo quiero creer que las cosas entonces no eran más hermosas que hoy, pero tengo por seguro que á los hombres les parecían más hermosas.

IX

Cuando el poder de embellecer es tan grande, es natural que se pinte el sentimiento que concentra todas las alegrías y adonde convergen todos los sueños, el amor ideal, sobre todo el amor ingenuo y feliz. No hay sentimiento que despierte en nosotros mayor simpatía. Es el más dulce y sencillo. Es el primer movimiento del corazón y la primera palabra de la naturaleza. No se compone más que de inocencia y abandono. Está exento de reflexiones y de esfuerzos. Nos aleja de nuestras pasiones complicadas, de nuestros desdenes, de nuestros duelos, de nuestros odios, de

(1) Greene (*From Menaphon*.—*Melicertus' eglogue*).

nuestras esperanzas violentas. Penetra en nosotros, y le respiramos como el fresco hálito de un viento matinal que acaba de pasar por campos en flor. Los caballeros de esa corte azarosa le sentían con deleite, y reposaban así, por contraste de sus empresas y de sus peligros. Los más severos y trágicos de sus poetas se apartaron de su camino para salirle al encuentro: Shakespeare, entre las encinas siempre verdes de la selva de Ardenes (1); Ben Jonson (2), en los bosques de Sherwood, entre los anchos claros cortados de sombra, entre los relucientes follajes y las húmedas flores que palpitan á la orilla de las fuentes solitarias. El mismo Marlowe, el terrible pintor de la agonía de Eduardo II, el enfático y enérgico poeta que compuso *Fausto*, *Tamerlán* y *El Judío de Malta*, deja sus dramas sangrientos, su verso tonante, sus imágenes desahoradas, y nada más musical y dulce que sus canciones. El pastor, para granjearse el favor de su amada, le promete «un sombrero de flores, una saya bordada de hojas de mirto, un cinturón tejido de paja y de vástagos de hiedra, con botones de ámbar y broches de coral». Irán juntos por los valles y las pendientes de las montañas peñascosas.

Los pastores bailarán en torno de ella todas las mañanas de Mayo; y los dos, sentados en una peña, contemplarán de lejos los rebafios que pacen la hierba, y los riachuelos que caen y murmuran entre cantos de pájaros. Los rudos nobles del tiempo, al volver de la caza del halcón, se habían detenido más de una vez

(1) *As you like it*.

(2) *The Sad Shepherd*.

Véase también *Fletcher and Beaumont: the Faithful Shepherdess*.

ante esos cuadros rústicos, soñando con figurar en ellos. Pero, aunque comprendiéndolos, los rehacían: los rehacían en sus parques preparados para la entrada de la reina, con profusión de adornos y de invenciones, sin preocuparse de copiar exactamente la grosera naturaleza. No les daba en rostro la inverosimilitud; no eran imitadores minuciosos, observadores de costumbres; creaban. El campo, para ellos, no era más que un marco, y el cuadro entero salía de sus ensueños y de su corazón: cuadro novelesco, imposible, pero no por eso menos, sino más delicioso. ¿Hay mayor delicia que apartarse de este mundo real que nos oprime y encadena; flotar vaga y libremente en el espacio cerúleo y luminoso, en lo más alto del país de las hadas y de las nubes; arreglar las cosas á medida del albedrío; no sentir ya las pesadas leyes, los rígidos y resistentes contornos de la vida; adornarlo y variararlo todo según los caprichos y las delicadezas de la fantasía? He ahí lo que hacen esos pequeños poemas. Por lo común, los acontecimientos no pasan allí en ninguna parte; al menos se desarrollan en el reino donde los reyes se hacen pastores y se casan con pastoras. La bella Argentile (1) se halla retenida en la corte de su tío que quiere privarla de su reino, y después de dos años la manda casarse con Curan, un joven de su casa. Argentile huye, y Curan, desesperado, se marcha á vivir entre los pastores. Un día encuentra una bella campesina, y se enamora de ella; poco á poco, hablándola, se acuerda de Argentile, y llora; describe su dulce rostro, su talle flexible, sus finas muñecas veteadas de azul, y de repente ve desfallecer á la campesina. Esta, en fin, se arroja en sus

(1) William Warner.

brazos, y le dice: «Yo soy Argentile.» Pues bien; Curan era un hijo de reyes, que se había disfrazado de ese modo por su amor á Argentile.

Vuelve á tomar las armas, y derrota al malvado rey. No hubo caballero más poderoso, y los dos reinaron mucho tiempo en Bernicie. Entre tantos cuentos semejantes, verdaderos cuentos de primavera, permítame el lector entresacar otro, risueño y sencillito como alborada de Mayo (1). La princesa Dowsabell ha bajado por la mañana al jardín de su padre; coge madre-selvas, primulas, violetas y margaritas. En aquel instante oye cantar á un pastor detrás del seto y cantar tan bien, que le ama de repente. El la jura fidelidad, y la pide un beso. Las mejillas de la bella paseante se pusieron encarnadas como la rosa. «Doblando su rodilla, blanca como la nieve, se hincó de hinojos junto á él y le besó dulcemente. El pastor lanzó un grito de alegría, diciendo: ¡Oh! ¡Jamás hubo zagal tan dichoso como yo!» Nada más. ¿No es bastante? Aquí sólo se ve el sueño de un momento, pero á cada momento se ven sueños parecidos. ¡Júzguese qué poesía debe surgir de ellos, qué poesía tan superior á las cosas, tan emancipada de la imitación servil, tan prendada de la belleza ideal, tan capaz de forjarse un mundo fuera de nuestro triste mundo! En efecto; entre todos esos poemas hay uno verdaderamente divino, tan divino, que ha parecido enojoso á los doctores de las edades siguientes, y aun hoy apenas si hay algunos que le entiendan: *La Reina de las hadas*, de Spenser.

(1) Miguel Drayton.

X

Un día M. Jourdain, ya todo un «mamamuchi», y habiendo aprendido la ortografía, llamó á su casa á los escritores más ilustres del siglo. Se acomodó en un sillón, les señaló con el dedo sillas de tijera, y les dijo:

«Señores: He leído vuestros chascarrillos; me han divertido, y quiero daros trabajo. Se lo he dado últimamente á vuestro colega, á Lulli. A petición mía ha introducido en los conciertos la trompa marina, instrumento armonioso en que nadie se había fijado aún, y que es de tanto efecto. Deseo que sigáis mis ideas como las ha seguido él, y os encargo un poema en prosa. Ya sabéis que todo lo que no es prosa es verso, y que todo lo que no es verso es prosa. Cuando yo digo: «Nicole, traedme las zapatillas y dadme el gorro de dormir», hago prosa. Tomad esta frase por modelo. Ese estilo es mucho más agradable que la jeringonza de renglones sin acabar que llamáis versos. En cuanto al asunto, seré yo mismo. Pintaréis la bata rameada que acabo de ponerme para recibiros y el trajecillo de pana verde que llevo debajo para mis ejercicios durante la mañana. Apuntaréis que la indiana cuesta á un luis la vara. Esa descripción bien perjeñada se presta á toques de muy buen viso, y enseñará al público el precio de las cosas. Quiero que habléis también de mis espejos, de mis alfombras y colgaduras. Mis proveedores os darán la nota; no dejéis de inser-

tarla en vuestra obra. Me gustará volver á ver allí al natural, con todos sus pelos y señales, el establecimiento de mi padre que vendía paño á los amigos por servirles, la cocina de mi criada Nicole, las habilidades de Brusquet, el perrillo de mi vecino M. Dimanche. También podréis explicar mis asuntos domésticos; nada más interesante para el público que saber cómo se gana un millón. Decidle también que mi hija Lucila no se ha casado con ese mequetrefe de Cleonte, sino con Samuel Bernard, que ha hecho fortuna, tiene coche y será ministro del rey. Por eso os pagaré generosamente á medio luis la vara de escrito. Volved dentro de un mes, y enseñadme lo que hayáis sacado de mis ideas.»

Nosotros somos hijos de M. Jourdain, y desde principios de siglo hablamos ese lenguaje á los artistas; los artistas nos escuchan. De ahí nuestra novela vulgar y nuestra novela realista. Suplico al lector que las olvide, que se olvide á sí mismo, que se haga por un instante poeta, noble, hombre del siglo xvi. A menos de enterrar al M. Jourdain, que alienta en cada uno de nosotros, ninguno de nosotros podrá entender á Spenser.

XI

Era de una antigua familia, emparentada con grandes casas; amigo de Sidney y de Raleigh, los dos caballeros más cumplidos del siglo; caballero á su vez, al